

Bismarck el mes de las grandes emociones, y durante el mismo su inteligencia no había cesado de prever y de conjurar toda clase de peligros: peligro por parte de Francia que se había hecho impenetrable; peligro por parte de Italia, esa asociada de continuo fugitiva; peligro por parte de la opinión pública, aterrorizada ante la idea de la guerra; y peligro por parte del rey, que todavía abrigaba intenciones pacíficas. Y cuando bajo la impresión de estos peligros había acariciado y aun comenzado a poner en práctica el propósito de una avenencia directa con Austria, surgía el proyecto de congreso. Oficialmente se había adherido á él, pues no había medio de eludirlo; pero ¡con qué ansiedad había prestado esta adhesión! Porque no se le ocultaba que un congreso apenas le aseguraría los ducados, sin compensaciones y sin esfuerzos. En la noche del 31 de mayo, después de una conferencia con los embajadores de Inglaterra, de Francia y de Rusia, quedóse hablando con el Sr. Benedetti: «¿Qué pensarían en París, le preguntó, si ahora de pronto se rompían las hostilidades? En el actual estado de cosas, es muy poco probable que las negociaciones se vean coronadas por el éxito, y en cambio las probabilidades de éste serían grandes después de una primera batalla.—Guardaos bien de proceder así, replicó vivamente el Sr. Benedetti.—En el presente instante, todo retraso en comenzar la campaña redundará en ventaja de nuestros enemigos, pues los Estados secundarios aprovechan los retardos para completar sus armamentos, y cuando se habrán unido al Austria, la partida ya no será igual (1).» Del exterior llegaban, sin embargo, ciertos avisos tranquilizadores: «El Austria nos salvará del congreso,» escribía desde Florencia el Sr. Usedom. Muy pronto fueron conocidas las condiciones que imponía el gobierno de Viena para tomar parte en las conferencias; entonces Bismarck se sintió tranquilo, bien que no del todo, porque faltaba aún conocer la interpretación que Francia daría á la respuesta de los austriacos. Al fin llegó en 4 de junio un despacho del Sr. de Goltz que confirmaba el fracaso definitivo, con lo que no sólo se desvaneció toda perspectiva de paz, sino que además el Austria, con su negativa, parecía asumir á los ojos del mundo la responsabilidad de haber rechazado las negociaciones. Ante este exceso de felicidad, el primer ministro no pudo contener su alegría. Cuando recibió el despacho estaba presente el Sr. Benedetti; lo leyó delante de éste y luego, agitando en el aire el dichoso telegrama y exhalando en una sola frase su confianza en su patria, en su ejército y en su propia suerte, gritó con voz enérgica: «¡Viva el rey!»

XIII

Faltaba sólo provocar el último escándalo, de donde habría de salir la guerra.

El mismo día en que Austria tomó la resolución que hacía inevitable el conflicto, Govone, que se disponía á regresar á Florencia, fué por la noche á despedirse de Bismarck, quien le recibió en el jardín del ministerio y desde el comienzo de la entrevista le dijo: «¡Va-

(1) Carta del Sr. Benedetti al Sr. Drouyn de Lhuys, de 31 de mayo (*Ma mission en Prusse*, págs. 129-131).

mos á ver! ¿Quién pegará fuego á la pólvora? ¿Será Prusia? ¿Será Italia?—¿Conocéis positivamente las intenciones del Austria?, preguntó á su vez Govone eludiendo la contestación.—Creo conocerlas, respondió Bismarck, y hacen imposible toda avenencia.» Luego, volviendo al asunto que le preocupaba, añadió: «Me cuesta mucho decidir al rey á que comience las hostilidades, pues para él constituye una religión, una superstición no tomar la iniciativa de una guerra europea. Y mientras nosotros perdemos el tiempo en estas cosas, el Austria y los Estados secundarios completan sus armamentos y nuestras probabilidades de triunfo disminuyen. ¡Cuánto mejor sería nuestra situación si Italia nos enseñara el camino!... En caso necesario, podríais procurar que algún cuerpo croata os provocara. Estad seguro de que al día siguiente de tomar las armas los italianos, pasaríamos nosotros la frontera.» A pesar de estas instancias, Govone nada prometió, invocando los consejos de Francia que desaprobaba toda agresión, y los deseos de su soberano, que se preciaba, sobre todo, de mostrarse moderado. No por esto dióse Bismarck por vencido, sino que al terminar la entrevista dijo á su interlocutor: «Hablad con el rey; hablad con La Mármora.» Iguales sugerencias reprodujo el jefe del gabinete prusiano cerca del Sr. Barral en los días siguientes; pero todo fué en vano, ya que hasta en las últimas horas que precedieron á la guerra, encontramos en el lenguaje de los diplomáticos italianos las huellas de su desconfianza. En el curso de la conversación, Bismarck había dejado escapar la confesión de las negociaciones directamente entabladas por el rey con la corte de Viena, y Govone en sus informes á La Mármora tomó nota de la declaración y se prevaleció de ella para exhortar á su gobierno á que se mostrara prudente: «La sola posibilidad de semejante inteligencia ha de hacer reflexionar seriamente á Italia, porque las consecuencias de un arreglo de tal índole serían incalculables (2).»

Bismarck, no pudiendo conseguir que sus aliados rompieran las hostilidades, hubo de buscar otros pretextos para entrar en campaña. Al iniciarse el conflicto austro-prusiano, había surgido la cuestión de los ducados, que reapareció en el momento del desenlace. Austria, que desesperaba de llegar á un acuerdo con el gabinete de Berlín, había confiado á la Dieta, en la sesión de 1.º de junio, la solución de aquel desgraciado asunto, y además había convocado á los Estados del Holstein para que expresaran sus aspiraciones acerca de su suerte futura. Inmediatamente Bismarck, en una circular dirigida á todos sus agentes, denunció la violación del Tratado de Gastein: «Todos nuestros informes, decía, concuerdan en que Viena ha tomado definitivamente la determinación de hacer la guerra á Prusia.» El general de Manteuffel, que mandaba en el Sleswig, recibió orden de pasar la frontera y penetrar en el Holstein, y el día 8 de junio entró en Kiel, que el general Gablenz había evacuado, replegándose los austriacos sobre Altona.

El estado de guerra existía virtualmente: terminábanse los últimos preparativos militares; los príncipes ha-

(2) Informe del general Govone, de 3 de junio (*Un peu plus de lumière*, págs. 286 y siguientes).

bían ido á unirse al ejército, y la única cuestión era ver quién dispararía el primer cañonazo. Bismarck acariciaba á ratos la esperanza de arrastrar á Italia, y aunque los italianos no se dejaban convencer, las cosas estaban bastante embrolladas para que fuera en adelante quimérico el peligro de verse abandonado. El rey Guillermo, en la audiencia que el día 8 concedió al Sr. Barral, habló de una manera que revelaba un espíritu libre de toda inquietud, declaró que confiaba plenamente en la justicia de su causa, y terminó diciendo: «La vida, como la victoria, está en manos de Aquel que está allí arriba (1).»

También Bismarck confiaba en Dios, pero añadía con acento escéptico que habría escandalizado á su soberano: «No olvidemos que el Dios de la guerra es un Dios caprichoso.» Y este Dios caprichoso podía presentarse, á la hora más impensada, bajo la forma de Napoleón: esta era la cruel, la tenaz preocupación del primer ministro, el cual, en medio del tumulto de las armas, prestaba oído á todos los rumores procedentes de Francia. Como las necesidades de la guerra le habían obligado á llevar el grueso de sus fuerzas hacia el centro de Alemania y hacia Bohemia, había desguarnecido las provincias renanas dejando únicamente sobre nuestra frontera una débil línea de tropas muy fácil de romper. Por este lado hallábase á merced de Napoleón; pero ¿era éste un cómplice, un complaciente, un moderador ó un árbitro? ¿Quién podía saberlo! ¿Acaso lo sabía el mismo emperador? Esta idea acosaba al hombre de Estado prusiano, que antes de partir Govone se había franqueado con él sobre este particular. «No es muy tranquilizador, decíale un día, comenzar la guerra con la amenaza de trescientos mil hombres que pueden atacarnos por la espalda cuando estemos seriamente comprometidos.—¿Y no podríais aseguraros la Francia con alguna concesión?, replicó el italiano.—Hay el Mosela ciertamente, respondió Bismarck como si hablara consigo mismo. Por mi parte, soy más alemán que prusiano, pero ¿qué diría el país?, ¿qué diría el rey?» En concepto del primer ministro, el proyecto de congreso no habría tenido más que una ventaja, la de darle un pretexto para ir á París á fin de entenderse con el emperador; mas no pudiendo tratar con el soberano directamente, dirigióse al Sr. Benedetti á quien había interrogado ya varias veces, aunque siempre inútilmente. «¿Pero no me habéis dicho, replicó nuestro embajador, que el rey estaba resuelto á no abandonar porción alguna del territorio prusiano?» Ante esta objeción, Bismarck juzgó oportuno insinuarse algo más: «Tal vez no sería del todo imposible, atreviéndose á decir, conseguir del rey que cediera á Francia las orillas del alto Mosela; y con esta adquisición, unida á la del Luxemburgo, tendríais una frontera á vuestra satisfacción (2).» Esta vez el tentador se descubrió más de lo que hasta entonces había hecho; la proximidad del primer choque y la magnitud de los temores embotaban algo los escrúpulos y se aceptaba ya, aunque con repugnancia, la idea de sacrificios que poco antes habrían parecido inmorales é impíos. Fuese cual

(1) Informe del Sr. Barral, 8 de junio (*Un peu plus de lumière*, pág. 306).

(2) Carta del Sr. Benedetti, 4 de junio (*Ma mission en Prusse*, pág. 165).

fuere la sugestión, el Sr. Benedetti no la recogió; pero lo que sí hizo fué comunicar en seguida á París todo lo que acababa de averiguar.

Si el gobierno de las Tullerías, renunciando á la política de conservación territorial, la única buena, la única digna de Francia, se decidía por la política de las ganancias, ninguna ocasión podía encontrar más propicia que la que entonces se le presentaba: Napoleón tenía aún por algunos días á Bismarck en sus manos; no habiendo sabido ni habiendo querido imponer la paz, dejó pasar por delante de él, sin cogerlos, los beneficios de la guerra, y cuando juzgó inevitable el conflicto, encariñóse con el papel de árbitro y se complació, en lo sucesivo, en una sola perspectiva, la de las coyunturas que le ofreciesen las equilibradas probabilidades de la lucha.

Sin embargo, en el momento en que iban á romperse las hostilidades, Napoleón sintióse acosado por una doble inquietud, pensando primeramente en Italia y luego en la opinión pública de su propio país.

«El emperador, escribía por aquel entonces el señor Nigra, ha hecho por nosotros todo cuanto podía hacer sin desenvainar la espada.» Este homenaje es altamente justo, pues la inagotable benevolencia de Napoleón valió á Víctor Manuel una felicidad inapreciable, la de verse asegurado contra sus propias derrotas. Fracasada la idea del congreso, el Sr. de Gramont regresó á toda prisa á Viena. Dos veces en aquel año 1866, en marzo y en mayo, habíanse entablado negociaciones á propósito de Venecia, y en vísperas de la ruptura de hostilidades se reanudaron aquellas gestiones que nunca habían quedado del todo suspendidas; y se reanudaron entre París y Viena sin intervención del gobierno de Florencia, demasiado ligado ya á Prusia para que pudiera separarse de ésta. El Austria, como precio de nuestra neutralidad, obligóse, mediante un tratado secreto que se firmó en 12 de junio, á entregar Venecia á Francia después de la guerra y cualquiera que fuese el resultado de la misma. Así trabajaba el emperador por Italia, aun sin ésta saberlo. Tres meses después, Napoleón, cuyos favores habían sido tan mal correspondidos, recordó al conde Arese en tono de reproche hasta dónde había llevado su benevolencia.

Al mismo tiempo que aseguraba la suerte de Italia, preparaba el emperador para su país la exposición de su política. El día 12 de junio, al inaugurarse la legislación, el Sr. Rouher leyó el programa imperial, que estaba redactado en forma de carta dirigida al Sr. Drouyn de Lhuys. Napoleón enumeraba con gran claridad las causas del conflicto que eran tres: los defectuosos límites de Prusia, las aspiraciones de Alemania y la necesidad, para Italia, de asegurar su independencia nacional. Si el congreso se hubiese reunido, seguía diciendo el monarca, habríamos deseado para los Estados secundarios de la confederación una unión más íntima, un papel más importante; para Prusia más homogeneidad y fuerza en el Norte; para el Austria el mantenimiento de su gran posición en Alemania; habríamos deseado además, mediante una compensación equitativa, la emancipación de Venecia... Por lo que á nosotros toca, habríamos rechazado toda idea de engrandecimiento territorial mientras no se hubiese roto el equilibrio. Después de haber hablado así, mencionaba Napoleón

con bastante frialdad el fracaso del proyecto de conferencia y luego exhortaba al país á que continuara siendo «confiado en su derecho y enérgico en su fuerza.» En la lucha que está á punto de estallar, decía, no tenemos más que dos intereses: la conservación del equilibrio general y la de la obra que hemos contribuído á fundar allende los Alpes. Y terminaba su mensaje calificando con una sola frase su actitud futura, que sería de una *neutralidad vigilante*. Cuando el Sr. Rouher se hubo sentado, los diputados aplaudieron. ¿Podían acaso negar su aprobación á aquel programa desinteresado y honrado, desarrollado con aparente claridad y con un acento de equitativa moderación no exenta de grandeza? Pero cuando al día siguiente leyeron con calma la carta imperial, vieron que no les decía nada de lo que tanto les habría gustado saber: la única cosa cierta era que iba á estallar en Europa una gran guerra; todo lo demás quedaba envuelto en tinieblas. Una hipótesis sobre todo resultaba alarmante; pero tan inverosímil se juzgaba, que no se paraban á meditar sobre ella: la hipótesis de que el equilibrio europeo fuese destruído, no por atentados sucesivos, sino de la noche á la mañana, á consecuencia del fulminante destino de una batalla, y destruído de tal manera que no fuese ya posible reconstituirlo ni restaurarlo.

Mientras Napoleón se entretenía con estas declaraciones, Manteuffel avanzaba al través del Holstein, ocupaba en 10 de junio Itzehoe, población en donde estaban convocados los Estados, y cerraba el salón en donde habían de celebrarse las sesiones. En el entretanto, Glablenz se retiraba hacia Hamburgo, aplazando con su retirada por algunos días las primeras hostilidades. Bismarck, ansioso de precipitar el desenlace, acordóse del proyecto de reforma federal que en 9 de abril había presentado á la Dieta y sobre el cual nada se había resuelto todavía, y en 10 de junio comunicó á los Estados alemanes una exposición de sus miras acerca de las instituciones futuras de Alemania: Austria quedaría excluída de la nueva combinación; se crearían dos grandes comandancias militares generales, una para el Norte á favor de Prusia, y otra para el Sur á favor de Baviera; y, finalmente, se convocaría un parlamento elegido por sufragio universal.

Las continuas provocaciones de Prusia habían acumulado en Viena tesoros de cólera, y los consejeros de Francisco José, en el colmo de la indignación, estaban á punto de convertirse á su vez en provocadores. En 11 de junio, el Austria, fundándose en el hecho de haber penetrado los prusianos en el Holstein, recurrió á la alta jurisdicción de la Dieta y pidió la movilización de todos los cuerpos de ejército federales. La discusión se fijó para el 14 de junio: aquel día debía ser el último de la Confederación germánica, el último de la antigua Alemania. El conde Karolyi y el Sr. de Werther habían abandonado ya Berlín y Viena respectivamente. Aun estando previsto el resultado, la magnitud de las circunstancias daba á aquella reunión suprema un ca-

rácter solemne y conmovedor. Grande era la ansiedad, sobre todo entre los representantes de los Estados secundarios, los cuales, por lo mismo que en la lucha se jugaba su existencia, hacían aun en aquellos momentos esfuerzos inauditos para concertar conciliaciones desesperadas. Apenas abierta la asamblea, el plenipotenciario prusiano, Sr. de Savigny, levantóse á protestar contra la competencia de la Dieta, por cuanto la situación del Austria en el Holstein no estaba, en su concepto, determinada por el derecho federal; pero su protesta no fué atendida y se dió comienzo á la votación, siendo Baviera la primera en votar. La situación de ésta era en extremo singular: durante mucho tiempo Prusia había intentado arrastrarla en pos de sí, explotando los celos que de Viena tenía y dejándole vislumbrar una especie de hegemonía en la Alemania del Sur. El jefe del gabinete de Munich, Sr. de Pfordten, había sido en un principio admirador de Bismarck, pero luego, presintiendo sus designios, había procurado moderarlo, y tres días antes aún le escribía: «La paz y la guerra están en vuestras manos. Como alemán, os ruego que interroguéis por última vez vuestra conciencia antes de pronunciar la palabra decisiva cuyas consecuencias son incalculables.» El gobierno bávaro, obligado á declararse en un sentido ó en otro, votó por la movilización; Hanóver y Sajonia siguieron su ejemplo, aunque no sin experimentar una cruel angustia, porque estando uno y otro en la vecindad inmediata de Prusia, habían de ser los primeros en sufrir los ataques de ésta; Wurtemberg, Baden, el Hesse electoral, el Hesse ducal y Brunswick-Nassau se pusieron también al lado del Austria. Los demás pequeños Estados votaron con Berlín, lo propio que las ciudades libres, excepción hecha de Frankfurt. La proposición austriaca fué aprobada por nueve votos contra seis. Mas apenas terminado el escrutinio, levantóse el representante de Prusia y en nombre del rey, su señor, declaró que ya no existía el pacto federal.

Interesábale á Prusia entrar en campaña antes de que pudieran concentrarse los contingentes de los confederados, así es que en cuanto se recibió en Berlín el telegrama de Savigny dando cuenta del resultado de la votación de la Dieta, envióse un ultimátum á Sajonia y al Hanóver intimándoles que rectificaran su voto reciente, que volvieran á poner sus fuerzas en pie de paz y que se adhiciesen al proyecto prusiano de reforma federal, y concediéndoles un plazo de doce horas para someterse. Uno y otro Estados por toda respuesta apelaron ante la Dieta y solicitaron el auxilio del Austria y de Baviera. El 16 de junio se rompieron las hostilidades, é Italia, fiel al tratado de 8 de abril, declaró á su vez la guerra y pocos días después su ejército pasó el Mincio. La lucha ardía en toda la Europa central, desde el Po hasta el Elba; en el entretanto, Napoleón, ajustándose á su declaración de 12 de junio, permanecía en una neutralidad vigilante. ¿Pero se trataba realmente de neutralidad vigilante? Un porvenir próximo iba á destruir todos los cálculos de la política imperial y á incluir entre los vencidos á la misma potencia que no había luchado.

LIBRO TRIGÉSIMO

FRANCIA DESPUÉS DE SADOWA

(EXTRACTO DE LA OBRA DE M. DE LA GORCE)

- SUMARIO: I.—Estado de Prusia en el momento de romperse las hostilidades: motivos que hacen dudar de sus éxitos.—El Sr. de Bismarck y el Sr. de Moltke.—Conducta con respecto á Francia, con respecto á los Estados del Norte y con respecto á los Estados del Sur: cómo se concentran todas las fuerzas en contra de Austria: plan de campaña y ejecución del mismo.—Derrota de los italianos en Custoza (24 de junio de 1866).—Prodigiosa rapidez de la campaña de Bohemia: combates diversos: gran victoria de los prusianos en Sadowa (3 de julio de 1866).
- II.—Impresión pública en Francia al tenerse noticia de la batalla de Sadowa.—Austria cede el Véneto á Francia y solicita la mediación de Napoleón.—Sendos despachos del emperador al rey de Prusia y al rey de Italia.—¿Qué carácter tendrá la mediación francesa?—Memorable consejo celebrado en Saint-Cloud y resultado del mismo.
- III.—Acogimiento que en el cuartel general prusiano se hace á la propuesta de una mediación por parte de Francia: despecho y perplejidad: respuesta solícita en apariencia y, en el fondo, dilatoria.—Acogida que esta propuesta merece en Italia: cómo y por qué motivos se revuelven los italianos contra su buena suerte.—El Sr. Nigra se esfuerza desde París para calmar al rey, á los ministros, á los generales: escaso resultado de sus advertencias: el ejército italiano invade el Véneto.—Recurso que quedaba á Francia: idea de un Congreso: sus probabilidades: la sugestión es desestimada.
- IV.—M. Benedetti en el cuartel general prusiano: situación singular del embajador de Francia: sus entrevistas con el Sr. de Bismarck y disposición del primer ministro prusiano.
- V.—Estado de las cosas en París: corrientes diversas: la Corte: el emperador.—Esta situación favorece los manejos del Sr. de Goltz: sus entrevistas con el emperador: el embajador prusiano prepara al monarca para los proyectos de anexión en la Alemania del Norte: extraordinaria condescendencia de Napoleón y de qué manera es inducido á tolerar todas las ambiciones prusianas: irritación, sorpresa y desaliento del Sr. Drouyn de Lhuys.
- VI.—Dueña ya en la Alemania del Norte, Prusia tiene interés en no hacer á Austria irreconciliable: interés de ésta por la paz: preliminares de Nikolsburgo (26 de julio de 1866).—Los Estados secundarios: convenio de armisticio con los mismos.—Italia: espíritu de resistencia que prevalece en ella: continuación de las hostilidades: combate naval de Lissa: el gabinete de Florencia, después de hacerle oposición, se decide por el armisticio.
- VII.—Las compensaciones: en la situación de Francia y de Prusia esta política era tardía, quimérica y funesta.—Primeras entrevistas en Nikolsburgo.—Petición relativa á Maguncia: bajo qué influencia se hace esta petición: perplejidad de M. Benedetti: su comunicación al primer ministro prusiano: entrevista de nuestro embajador y del Sr. de Bismarck: éste rechaza toda cesión de territorio alemán: la petición es abandonada: de qué manera explota el Sr. de Bismarck para conquistarse la opinión pública alemana, atraerse Rusia y ejercer presión en los Estados secundarios del Sur.—El emperador, interrumpiendo su curación, vuelve de Vichy á Saint-Cloud: deplorable desorden de los negocios franceses.—Siguen las compensaciones: negociación oficiosa para la creación de un reino neutro en la orilla izquierda del Rin: extraña misión del Sr. Hansen y su completo fracaso.—El gobierno imperial ve obligado á buscar sus compensaciones en Bélgica: el Sr. de Bismarck y sus agentes habíanse dedicado en repetidas ocasiones á dirigir sobre este país las ambiciones francesas: nota encontrada en las Tullerías.—Demanda formulada por el señor Benedetti: proyecto escrito: déjase en manos de Bismarck.—Presentación del proyecto sobre las anexiones en la Alemania del Norte: tratados secretos con los Estados del Sur.—El Sr. de Bismarck puede renunciar á todo miramiento: fin de la política dilatoria.
- VIII.—La circular del 16 de septiembre de 1866.—Análisis de esta famosa circular.—A pesar de monstruosas aberraciones, tiene al menos el mérito de afirmar la política pacífica.—Cómo acaba el año 1866: mezcla de apaciguamiento y de preocupaciones.

I

El Sr. de Bismarck había deseado la ruptura. Lo que posteriormente pareció empresa de genio fué juzgado de momento temeridad. La burguesía estaba irritada y el pueblo atemorizado por los peligros de la guerra. El mismo ejército, constituído según reglas poco conocidas ó mal comprendidas en el extranjero, aparecía como una guardia nacional muy perfeccionada y apenas había hombre del oficio que no acogiese con cierta desconfianza todas estas novedades. Entre los militares, los que habían visitado Berlín no habían podido menos de sentirse impresionados por la silenciosa actividad del

Estado mayor prusiano, siempre en vela, siempre en busca de progreso, atento á apropiarse para la guerra todos los inventos aun los más pacíficos. Pero estas cosas se sospechaban más que se penetraban, y sea ligereza ó pereza, sea confianza en el propio valer, se esquivaban sin profundizarlas. Lo que se conocía daba la impresión de un gran saber, pero poco utilizable en las realidades de la vida de campaña y más propio para aminorar que para desarrollar la inspiración en un verdadero capitán. El arma misma de los prusianos, el fusil de aguja, despertaba alguna burla. Los más malévolos decían: «Ciencia prusiana, fusil de aguja, fallarán por igual en el campo de batalla.» Esta opinión, asaz exten-